

La vida de Costa comentada por Miguel de Unamuno. - discurso pronunciado en el Ateneo el 8 de febrero de 1932. -



Señoras y señores, o mejor, amigas y amigos: no se como van a salir estas destilvanadas divagaciones respecto de aquel nombre a quien conocí y traté. Me va a ser muy difícil - creo que casi imposible - separar la obra del hombre, porque un hombre, después de todo, en la Historia y para la Historia, no es más que su obra. Se puede decir que nacemos sin alma. Algunos mueren con ella: los que han dejado una obra; los demás mueren sin haber cobrado un alma. Conoci, como digo, a Costa, y veo que ahora, como es inevitable en nombre como él, se va convirtiendo en un símbolo, casi en un mito, y va barriéndose su propia personalidad. Debí

de ser sin duda una - me figuro yo - de sus preocupaciones ver como ya en vida iba envolviendolo la leyenda, le iba envolviendo el simbolo que de él nacia y en el cual habia de ser enterrado. Que es una de las tragedias, en parte dolorosas y en parte consolatorias, la de la vida de un hombre que ve como el que es se va sintiendo borrado por el que de él hacen todos los demás. Y es que ya no es suyo; es de todos los otros, que han hecho de el otro nombre en el cual queda enterrado, pero que es el que vive y en el que ha de vivir siempre.

Conoci a Costa, y como es natural, yo no puedo traer aqui al Costa que fue, sino a "mi Costa", al mio. Y acaso en él, sin duda, me he colocado yo mismo: es inevitable.

Aquí le veriais los que tenéis ya cierta edad cuando iba arriba a trabajar rotitariamente. ¡ y hay que ver lo que es, y mas en España, uno de esos trabajos solitarios, un trabajo de investigación y rebusca, donde no hay un ambiente de rebuscadores ni de investigadores, donde tiene uno que hacerselo todo! Cualquiera español que haya hecho en artes, en ciencias, en letras, un descubrimiento significa mucho mas que los que hayan hecho eso en otros países; porque allí no lo hace él solo, sino que lo hacen una porción de compañeros de trabajo.

Y venia a trabajar indudablemente en trabajos que ya estaban hechos muchas veces. A alguna vez se lo dije yo: "pero don Joaquín; si eso ya está averiguado!" pero él queria ir a las fuentes mismas.

Esto tiene - dicen - un inconveniente  
 Cuando estaba estudiando la decadencia  
 romana en los escritores romanos,  
 haciendo caso omiso de todo lo  
 que se había hecho en torno  
 de aquello, yo me acordaba de  
 los que dicen: "Si, así sucede  
 con estos españoles que descubren  
 el Mediterráneo". Pero yo digo:  
 ¡Ah! ¡No es enalgmar esta  
 descubrir el Mediterráneo... sobre  
 todo para los que viven en él,  
 que son los que no lo conocen.

Indudablemente, si un  
 hombre genial se encierra en  
 un viejo caserón de un antepasado  
 suyo que fue alquimista, con  
 retortas y matraces del siglo XVI  
 o XVII, y empieera a investigar,  
 y al cabo, descubre el oxígeno,  
 se dirá que ya estaba descubierto  
 pero ya se verá si  
 hay algo nuevo cuando haya  
 encontrado el oxígeno. Ahí está  
 la grandera de los niños, que

están descubriendo todos los días lo que los demás saben; y hay que ver cuando un niño descubre algo que los demás hemos encontrado ya!... Esto era bastá: un niño que se encerraba aquí a rehacer individualmente una cultura técnica que en España no existía en su tiempo. Aquí he visto trabajar a aquel hombre solitario; y cuando yo le veía sumido en el trabajo, pensativo, en aquel su amor loco, en aquel amor patético que tenía a España y a la cultura española, pensaba que en aquel encaramamiento pasional sobre el trabajo, había algo más: trataba de ahogar cierta desazón íntima, lo que dijo una vez Carducci: "Mejor, trabajando olvidar; sin importarle ese eterno misterio del Universo"



Que los mas grandes investigadores  
 lo han sido acaso por una intima  
 desesperación. Aquel hombre tenia  
 un caracter del que habreis oido  
 hablar muchas veces. Dicen los  
 que le trataron frecuentemente que  
 era insoportable. Yo le trate poco.  
 Conmigo fue amabilisimo, atento.  
 Es mas: muchas veces le con-  
 tradecia, y no le vi irritarse  
 nunca. Por lo cual sospecho  
 que cuando se irritaba con  
 ciertos contradictores no seria  
 por la contradiccion precisa-  
 mente.

Aquel hombre vivio  
 siempre en la Historia, dentro  
 de la Historia y para la Historia.  
 Toda su concepcion era una  
 concepcion historicista. No habia  
 en el nada de lo que podriamos  
 llamar metafisica. Yo podria  
 decir que era, mas que un  
 espiritu platónico, un espiritu  
 Fucidiolésco; porque esta bien



Platón, pero está mejor & uicidides.  
 Et quel nombre tenía la preocupación  
 de la Historia, y como era un  
 historicista, era también un tra-  
 dicionista: un nombre que  
 vivía por y para la tradición,  
 comprendiendo, como es natural,  
 que la tradición es una misma  
 cosa que el progreso: es la  
 tradición del progreso, como el  
 progreso es progreso de una  
 tradición. (Para que marche  
 un carro es menester que haya  
 un carro.)

Este nombre era  
 un tradicionalista, hasta en el  
 sentido específico que en España  
 se da al tradicionalismo. ¡Cuanto  
 de contacto tenía con nuestros  
 sinceros, ingenuos y castísimos tradi-  
 cionalistas españoles!... y era  
 también, en este sentido, un  
 conservador. No hay que asus-  
 tarse de la palabra. Era, na-

Suralmente y sobre todo, un español.  
 ¡A él sí que le dolía España!  
 Era un español. Fomentó aquello  
 de la europeización, inventó lo de  
 la europeización en puro españo-  
 lismo, porque era, como Job, un  
 nombre de contradicciones interiores.  
 Era un hombre que vivía de  
 luchar dentro de sí mismo,  
 y cuando decía europeización  
 — como cuando lo decían otros —  
 acaso, en cierto modo, quería  
 decir españolización de Europa.  
 Un español no quiere euro-  
 peizar a España, sino es in-  
 tentando, en cierta medida, es-  
 pañolizar a Europa; es decir,  
 llevar lo nuestro a ellos, en  
 cambio mutuo.

Recuerdo cuando  
 me puse yo en relaciones con  
 él. Fue cuando hizo sus trabajos  
 sobre el derecho consuetudinario,



al que yo aporte un modesto tri-  
buto sobre la organización de  
las Cooperativas de pesca en la costa  
vasca. y todo aquel trabajo no  
fue solo suyo, sino de los demás;  
porque este hombre solitario tuvo  
la honda virtud de hacer tra-  
bajar a los demás, de poner en  
movimiento a todos, de ser un  
centro de reunión, un foco  
para una porción de espíritus.  
Luego hizo aquel trabajo de  
colectivismo agrario... (Es curioso  
que aparezca aquí la palabra  
agrario; el lo fue de verdad.)  
Hizo un estudio de colectivismo  
agrario buscando nuestras tra-  
diciones españolas, una organi-  
zación democrática, honrada, de  
los pueblos; una organización que  
se ha ido borrando. Yo me  
conoció restos de algo que va  
desapareciendo. y aquí sí que  
se encontraba con ciertos elementos

Aradicionahstas. Hasta tal punto le llamaban la atención, que en un libro poco conocido, que se llama "Detrás de las trincheras", escrito por don Julio Nombela, que había sido secretario de Cabrera, se habla de un plan económico y de gobierno que a D. Carlos de Borbón, conocido por Carlos VII, o Carlos Chapa el Pretendiente, le presentaron el canónigo Manterola, D. José Mendibuce Caso y... no me acuerdo de algún otro; eran escatamente, en el fondo, casi las cosas de Costa; por lo cual yo he solido decir a los que tienen una idea fantástica del carlismo: "Lo fondo y popular del carlismo, quien lo formuló fue Costa". También se cuenta que cuando se lo presentaron a D. Carlos el Pretendiente, dijo: "Sí; me parece

mas espartano que ateniense"

Es algo extraordinariamente enrioso. ¿Que raíces tiene este nombre con todo el viejo tradicionalismo español! Recordemos aquella misma frase suya de "prohética de alpargata y de calzon corto", de la cual yo no participo; ~~inhabración~~, no; es lo contrario de evolución. El tema más hondo se en los tabriegos. No se si cuando murió tendría tanta se en los tabriegos como cuando empezó con aquello de la Cámara Agrícola del Alto Aragón...

Pues, como as iba diciendo, esto era una cosa hondo de la vida rural, de colectivismo agrario y de federalismo. porque realmente la mayor parte del viejo tradicionalismo español ha sido siempre profundamente federal. Aquí hay que acabar con una

9-119  
12  
leyenda: y es la de la centralización  
de la Monarquía española.

La Monarquía española ha sido  
una de las menos centralizadoras. ¡ La  
francesa sí que fue centralizadora! ¡ La  
francesa y... do que sucedió a la Monar-  
quía francesa, que es, bajo otra forma,  
también Monarquía! ¡ Aquello sí  
que era centralizador!

Este hombre hizo  
mejo, aquí, en el Ateneo, aquella  
información sobre "Oligarquía y  
caciquismo", a la cual concurríamos  
cerca de una cuarentena de personas  
conocidas en España. Y recuerdo  
también, y puede verlo cualquiera  
que de todas aquella cuarenta  
no hubo más que dos que dis-  
creparan un poco, y se atre-  
viesen, es decir, nos atreviésemos,  
a tratar de justificar o explicar  
en cierto modo el caciquismo.  
Fuimos mi buena amiga doña  
Emilia Pardo Basán y yo.



Me acuerdo mucho cuando yo defendía aquello del caciquismo como la forma natural de organización, diciendo: "En el pueblo en que no hay cacique se fomenta el caciquismo y se obliga a ser cacique a cualquiera y algunas veces ocurre que obligan al que menos condiciones tiene para ello. ¡ y figuraos un pueblo en que se quiere que sea su león un ciervo!... ¡ Es una cosa terrible!...

Es tan hondo esto como el estanco de guerra civil, que viene ya desde la época de los romanos, y de aquellas costumbres de agermanamiento. una vez me preguntaba un inglés:

- Dígame usted: de hecho, aquí, en los pueblos, ¿ como están divididos políticamente?

- Pues... verá usted - le dije - : en dos partidos: los anti-equeristas, que siguen a Zeda, y los antizedistas que siguen a Equis.

Y es tan honda esta organi-  
zación del caciquismo, que mucho que  
desaparezca. Se mockificará, tambeará,  
se dignificará, se civilizará; pero...  
¿desaparecer? Cuantas veces en estos  
días, no tan turbios, de parición,  
- y eso es bueno -, cada vez  
que oigo que alguien se levanta  
a trinar contra un cacique,  
digo: "¡ Bueno: este o aspira a  
cacique o está dependiendo a otro  
cacique! "

Aquí se ha dicho  
lo del "cirujano de hierro". Real-  
mente, esta fue una de tantas  
cosas de aquella fantasía, de  
aquella encendida retórica ( se  
doy un alto sentido a la retórica;  
¡ Trinidad con eso! ; ; ¡ la retórica  
salva a muchos pueblos! ) que  
daba un alto sentido a lo  
del cirujano de hierro detrás  
de lo cual se veía el candilleje.  
y no me extrañaría que en la  
epoca de aquella lamentable





dictadura surgiera aquel que no era un cruzado, ni de hierro siquiera; a lo sumo, una especie de tacañuelas. Hubo entonces quien extrujo textos de Cortá para justificar la dictadura. Yo creo que de Cortá, como de una porción de gentes que tienen una personalidad, se pueden extrujar textos para defenderlo todo, lo uno, lo otro y lo de más allá; porque no son gentes de línea recta, sino que viven de un conjunto de contradicciones íntimas, que es lo que le da vida a uno.

El tenía el sentido íntimo de la tradición, y se iba a buscarla en lo más remoto: en la civilización ibérica y celtibérica. Hay obras de las cuales no queda una sola afirmación en pie, y, sin embargo, han sido las que han provocado la mayor parte de una porción de descubrimientos. Todo depende de eso, de lo que hacen despertar en otros, aunque

sea por contradicción. Y aquel era un hombre de pasión y de corazón.

Pues en esto del tradicionalismo era tal y tenía tal amor, que cuando yo, en mi pueblo natal, con escándalo de mis paisanos (después comprendieron el interés que me guiaba), hablé de la agonía de nuestra milenaria lengua vasca, él me escribió una carta lamentándose y diciendo que sentía mucho aquello, que era una pena que esa lengua muriera. Yo le contesté:

"Mire usted, don Joaquín: como no puede ser lo que fue, ya le puede servir a usted muy poco para la investigación de las antigüedades ibéricas. Además, comprenda usted, nosotros no nos vamos a sacrificar en conservar una lengua arcaica para que ustedes, los investigadores, puedan investigar. No; nosotros no somos conejillos de Indias."



¡ Como se veía allí todo el amor que él tenía a esas cosas que son la raíz de la tradición patria! ¡ Cuantas y cuantas contradicciones vivas, llenas de pasión, llenas de amor, había en él!

Todos recordaréis aquella otra frase ( desgraciadamente, de él apenas se recuerdan más que frases, y como lo que envolvía a esas frases, que era un deseo de vida de alma, ha desaparecido, hoy os es muy difícil a los que no le conocieris, sobre todo a los que no conocieris la España de entonces, claro es que cuando se oía vibraban las gentes de entonces ante la voz de aquel hombre, que había en la voz parecía un profeta del Viejo Testamento): "Doble llave al sepulcro del Cid", en la misma época en que yo decía aquello de "¡ Muera Don Inyote!" ( Bien me pesó luego) ¡ Doble llave! Y, sin embargo, aquel

nombre estaba pensando siempre en la conservación para España del norte de Africa, y no se si en algo mas, si en la total conquista de ella. ; Hay que ver en que mar de contradicciones, en que mar de perplexidades nos sumió el golpe de 1898! Sobre todo a los que entonces esperabamos a despertar a la mas honrada vida civil de la Historia

Se dolia profundamente España y rompia en aquellas imprecaciones contra un pueblo al que ejerceria sumiedo en una especie de apatía y de marasmo. ; Cuantas veces nos dijo a todos los españoles, nos echó a la cara, aquello de "¡ eunucos! "; Se partió de marmos eunucos! ; y habia que verlo hablar, sobre todo en sus ultimos tiempos! Recuerdo que cuando fuí a Salamanca, para asistir a una fiesta, dijo:

"¡ A caro el año que viene



ya no podamos celebrar esto! ¡Seremos  
súbditos de los Estados Unidos!...

¡y como se le quebraba  
la voz y le rompía lo que iba  
diciendo un sollozo! Eran cosas de  
enfermedad, indudablemente. A qui se  
ha dicho que estuvo murriendo mucho  
antes de morir. En un alto y  
noble sentido, acaso se puede  
decir que nació muerto. Muerto  
para cierta vida miserable, y por  
eso eran aquellos sollozos; ¿Que  
era un enfermo? Puede ser.  
¿Acaso esa enfermedad es lo  
que dió vida y parición a todas  
sus obras. ¿Enfermo? Lo mismo  
dicen de Santa Teresa, que si  
era una histerica, una enferma...  
La enfermedad acaso le dió la  
genialidad. Hay quien no es  
enfermo; pero en fin, así como  
el agua químicamente pura es  
improbable, el hombre que tiene  
una sangre fisiológicamente pura

casi siempre es un imbecil. El que no tiene una dolencia cualquiera, una cierta toxicidad en la sangre que le corrañe el cerebro, no discurre nada. Tiene una salud como la de una vaca.

Si; era un hombre enfermo. Habia que ver a aquel hombre enfermo cuando, con motivo de la ley del terrorismo - que era una cosa asi como la actual ley de defensa de la Republica - le hicieron venir a informar en el parlamento (porque antes de votarse aquello se permitia una informacion publica). Et mi, tambien. No me invitaron, casi me conminaron a que viniera, pero no vine. Y he oido decir que era una pena ver a aquel hombre, al cual tenian que llevar casi en brazos, que estaba desvumbandose fisicamente, que estaba acabandose... pues la ley del terrorismo quedo fuera y no se publico.

Luego recordareis cuando fue elegido diputado para la Cortes como republicano, y no fue a las Cortes. Alguien ha dicho: soberbia. No; sin duda fue para defenderse a si mismo; no habria hecho nada allí, sino precipitar probablemente su fin. Creo que hoy tampoco iria a nuestro Parlamento.

Aquel hombre, como os digo, era un hombre que vivia de pasiones, de contradicciones intimas, de un dolor, de ver que se moria sin que se realizara el sueño de toda su vida: la España que él habia soñado, la España de una tradición milenaria, dentro de la cual habia todas las prescripciones de un porvenir milenario tambien dentro de la cultura humana; aquella España en que lo general, lo universal, fuera lo particular. Porque no hay nadie que sea mas de todos los tiempos y de todos los países



que aquel que es mas de su tiempo  
 y de su pais. El Dante, por haber  
 sido el mas florentino de los flo-  
 rentinos del siglo XIII y el hombre  
 mas hombre del siglo XIII, ha sido  
 un hombre de todos los paises  
 y de todas las edades. No se  
 llega nunca a una universalidad  
 por diferenciación, sino al contrario;  
 ni se puede nunca pasar de la  
 propia patria al extranjero sino  
 cuando se ha rebasado de ella.  
 Las malas cosas productos de  
 exportación cuando todavia aqui  
 no han sido de ningun modo  
 consagradas.

Este hombre fue un  
 hombre de contradicciones y un  
 hombre de soledad. ¡ Ah! ¡ Hay que  
 saber lo que es un hombre de  
 soledad! No solo metido en granos.  
 A lo mejor, metido en una ciudad  
 grande y viviendo entre los demás,  
 y pareciendo un hombre social,  
 y sintiéndose, sin embargo, en una



soledad terrible siempre, en una  
soledad como aquella de Moisés  
de que habla el gran poeta Vigny.  
Aquel nombre se sentía todo. Al  
silencio de su soledad respondía el  
silencio de la soledad de lo alto.

Aquel nombre fue un  
solitario, un hombre de contradicciones  
y un hombre de antebos.

En estos días estaba  
yo leyendo en una obra de un  
ardoroso calvinista una obra dedicada  
a "Calvino: sus cosas y su tiempo",  
la vida, y sobre todo al final, el  
proceso de otro gran aragonés, de  
Miguel Servet, y de otro Miguel,  
Miguel de Molinos; estaba leyendo  
toda aquella vida tormentosa  
de aquel Servet, "el español",  
como le llamaban, de aquel  
hombre que pudo escapar de  
Francia y del cardenal Tournon  
cuando le iban a quemar vivo,  
y que como escapó se le quemó  
en efígie, para ir luego a Ginebra,

donde Calvino lo quemó vivo...  
 ¡ Si no le hubieran quemado unos,  
 le habrían quemado los otros, que  
 un hombre así, un hombre como  
 Servet - hereje en el más íntimo  
 sentido de la palabra, de todas  
 las herejías, un hombre siempre  
 señero y aislado - parece siempre  
 a fuego lento o de los unos o  
 de los otros, y a veces del propio  
 fuego interior que le consume.

unas palabras de Miguel  
 Servet pintando la viola española  
 que le encajan a tortá. Servet,  
 investigador profundo y solitario,  
 decía: "El espíritu de los  
 españoles es inquieto y revolvedor  
 de grandes cosas. Ostenta por  
 simulación, quiero decir por  
 habilidad, una cierta vistosidad,  
 una ciencia mayor de la que  
 tiene"

"Los españoles paran en  
 cuanto a los ritos religiosos, por  
 los más supersticiosos de los mor-  
 tales", decía Servet. Pues, como



Servet, somos muchos los españoles  
 que también somos de esta manera:  
 inquietos y revolucadores de cosas  
 grandes. Acaso con una cierta vis-  
 tosidad, puede ser que dando  
 a entender una ciencia mayor  
 que la que tenemos, ya que  
 también nos gusta la sofística.  
 Respecto a que los españoles pasamos  
 por los más supersticiosos no  
 quiero entrar en esto. No se, a  
 ese respecto, como sentía el gran  
 basta. Nunca hablé de eso. Pa-  
 saba por encima de ese asunto,  
 que soslayó siempre. Ahora, yo  
 tengo una cierta sospecha de  
 que acaso no estaría convencido  
 del foco de ese Dios, primer  
 motor inmovil de Aristoteles; pero  
 sospecho también que creía  
 en la Virgen del Pilar.

Este hombre, después  
 de una agonía lenta, luchando  
 con su impaciencia por ver nacer  
 una España nueva, por ver que

las gentes se encendieran, se apago<sup>26</sup>  
 tristemente en la villa de Graus. No  
 olvidare' nunca el dia en que, pa-  
 sando por Graus, me enseñaron  
 la casa en que él habia muerto.  
 Nos dejó un gran ejemplo; primero,  
 de laboriosidad, pero de laborio-  
 sidad en el íntimo y profundo  
 sentido de la laboriosidad, la  
 que procede del amor a la obra,  
 no del amor al salario. No; no  
 es la laboriosidad que pide tra-  
 bajo porque dice que no quiere  
 limosna; porque resulta que el  
 trabajo es un pretexto para la  
 limosna. No; era la laboriosidad  
 del amor a la obra, del amor  
 al trabajo. Nos enseñó a mundarnos  
 en el trabajo, para encender en  
 el nuestro amor, la vida misma,  
 y acaso para olvidar otras preo-  
 cupaciones mas altas, inflamando  
 al mismo tiempo a toda aquella  
 generación en un ímpetu de pasión,  
 un ímpetu de arrojo, algo que  
 faltaba.





La gente parecía muerta. No lo estaba. Debajo de todo aquello había la brasa, había el rescoldo. La prueba está en lo que ha venido después. Cuando se habla de los que fuimos algo más que jóvenes en aquella generación del 98 y se nos pregunta que es lo que hicimos, yo contesto: "Nosotros hicimos a los que han hecho esto. Yo sé que vendrán nuestros nietos y nos bendecirán, lo que a caso no hagan nuestros hijos"

Yo sé que en este tránsito, aquellos que parecíamos desordenados, cada uno por su lado, estábamos día a día creando una conciencia en España. Somos de los que hemos contribuido más; no como una porción de gentes que cuando ya está hecha una conciencia nacional, han venido creyendo que se hace algo cuando se le quita la piel a la serpiente, que





ya temía otra muela por debajo.

No quiero continuar hablando de un tiempo que ya va haciendo historia, en el que se sentían algunas veces; que se va haciendo legendario; no quiero seguir hablando de un hombre a quien perdió la leyenda, ni hablar bajo la preocupación de que a otros también nos envuelve la leyenda. Ved como murio "el solitario", como murio consumido por ese juego vivo... que si a Servet le quemaron los calvinistas, a él le quemó el amor de su España, la visión de lo que estaba pasando en esta pobre tierra, que entonces agonizaba en manos de una dinastía agonizante también.

No tengo más que decir.

El Sol 9 febrero 1932

